



ESCENAS

L'APUNTADOR

El deseo de Patroclo

Xavier Albertí dirige 'En mitad de tanto fuego', un monólogo de Alberto Conejero interpretado por Rubén de Eguía en la Sala Beckett



Ana Prieto Navidad
Investigadora teatral

[@PrietoNavidad](#)

26/07/2023
Comparte:

La Sala Beckett cierra temporada con [Nessun Dorma](#) de Eu Manzanares, en la sala de abajo, y *En mitad de tanto fuego* de Alberto Conejero, en la de arriba. Y es de esta última obra, interpretada por Rubén de Eguía y dirigida por Xavier Albertí, de la que hablaremos aquí.



Rubén de Eguía en una imagen promocional del espectáculo 'En mitad de tanto fuego'. © María La Cartelera

Solo en el vacío, el actor mira al público sin vacilación, poseído por la fuerza y la desolación del personaje. Rubén de Eguía realiza una composición inmejorable, sobria y poderosa, con un trabajo muy destacado de dicción rítmica que lleva el sello Albertí. Transita por una prosa poética, escanea -paladea- algunos versos y sabe dar el énfasis requerido a las repeticiones y símiles -no homéricos, sino contemporáneos- que articula el dramaturgo. Recita en griego antiguo el proemio de invocación a la musa y en aventura reformulaciones más sórdidas - “Cantad, oh moscas, la cólera”-, o bien pone el énfasis en la resistencia a la barbarie. En el gesto, opta por una contenida precisión, por no hacer demasiado evidente o fácil la emoción del personaje -especialmente, teniendo en cuenta que la palabra ya lo dice todo-.

Se pregunta cómo debe llamar a su amante desde aquí donde se encuentra. Está en el mundo de las sombras y los focos cruzados nos lo recuerdan, al perfilar su silueta duplicada en los muros laterales de la sala de arriba de la Beckett. En este lugar funestamente eterno -el inframundo, por donde pulula como un alma en pena-, Patroclo llena la ausencia del héroe querido con palabras, y corre el riesgo de que su eco haga más hondo el boquete. Lejos de querer contarnos la caída de Troya, se siente empujado a ofrecernos la historia de su propia carne, donde conviven la guerra y el amor.

Después de una prolongada frontalidad en primer término, el actor se sentará -lo único que hay en este espacio vacío, aparte de sí mismo y los focos, es una silla- y ofrecerá un pasaje más reivindicativo y vinculado al nuestro tiempo, con referencias a los nombres y muertes de algunos antibelicistas ilustres. Habla de un paraíso de desertores -¿un círculo del cielo?, ¿una demarcación de los Campos Elíseos?- y se recrea en la imagen de Aquiles travestido en la corte de Ftia. El recorrido narrativo, que nos lleva de los días de infancia al último aliento en manos de Héctor, pasa por la evocación de lasesiones amorosas y el horror de la guerra. La iluminación -a cargo del propio Albertí y de Toni Ubach - se va multiplicando progresivamente, contribuyendo así a efectos de amplificación del espacio y dilatación del tiempo.



Rubén de Eguía en una escena del espectáculo 'En mitad de tanto fuego' en la Sala Beckett. © David Ruano

Patroclo compartió con Aquiles los años formativos bajo la maestría de Quirón, el centauro sabio que les enseñó “el rayo y la letra”, “el número y el precipicio”. Desde que conoció a su compañero de fatigas y revolcones tuvo patria -dice- y no la tuvo. Aletea por ahí el amor agridulce de Safo, y son conjurados los síntomas del enamoramiento que la poeta de Lesbos describió para la posteridad. Patroclo es consciente de la eternidad que reside en aquellos momentos efímeros de plenitud, pero también recuerda su angustia por el destino de muerte inminente de Aquiles, y cómo éste le sacaba hierro al asunto: “¿Quieres morderme en el talón?”. Ha comparecido ante nosotros -remacha- para reventar todos los eufemismos. Celebra la disidencia y se permite alguna evasión fantasiosa sobre matrices gobernadas por amazonas y centauros.

Patroclo maldice todas las batallas, desconfía de palabras como patria o nación, considera que no hay monstruo más horrible que un héroe de guerra. Está harto de epopeyas, del aliento épico por todas partes. Y, sin embargo, tal y como se consigna en el canto decimosexto de la *Ilíada*, vistió el bronce de Aquiles -“siento tú armadura en la carne”- y condujo a los caballos hasta la ciudadela: “Estamos tan dentro de un río de sangre que mejor cruzarlo que intentar volver”.

Contagiado por el ardor y la furia asesina de su amante, es el cordero que acaba siendo lobo, depredando por amor. El actor habla ahora con la pose de quien se ha rendido al destino.

El texto carece del simbolismo de Ritsos, pero tampoco se limita a cambiar el punto de vista o la cadencia, como hizo Baricco. El autor advierte que no se trata de una adaptación ni de una versión libre, sino de una aproximación personal e íntima a unos materiales muy queridos, así como un reconocimiento de sus propios fantasmas. Alberto Conejero es filólogo clásico y conoce bien a la Grecia arcaica -también la contemporánea-, pero su teatro no sólo bebe del mito, sino que a menudo toma personajes históricos y los mira desde un ángulo distinto, haciendo énfasis en algún aspecto más oculto. Lo hizo en *Cliff (Acantilado)* (2010) con la figura de Montgomery Clift, el malogrado actor de Hollywood, y con la de Rafael Rodríguez Rapún, el amante de Lorca, en *La piedra oscura* (2013). Aquí vuelve a las raíces clásicas, al sustrato mítico, y pone de nuevo el foco en el deseo homoerótico y el amor sacrificial. La nómina de referencias incluye a Pedro Lemebel y Luis Cernuda.

En mitad de tanto fuego es una canción de amor y de guerra; también un oratorio para las víctimas. El mito no entiende de cronologías, y la propuesta, atrapada en la eternidad de la epopeya -como un fuego que todavía arde-, se debe a una especie de circularidad para detenerse, finalmente, en un primer verso descabezado

NÚVOL

Síguenos:

🔍 嘸 捫 愒

マ

© Nube.com 2023 [Aviso legal](#) [Normas de participación](#) Con la colaboración de:  Departament de la Presidència

Nube utiliza cookies para mejorar tu experiencia de navegación. Si sigues navegando entenderemos que

[Más](#)

[Acepto](#)